

¿POR QUÉ HAY TANTAS LENGUAS (O TAN POCAS)?

Adaptado del capítulo 3 de E. Bernárdez, *¿Qué son las lenguas?* (2003)

Las familias lingüísticas: ¿existió una primera lengua común?

La cuestión de por qué hay tantas lenguas se complica con otras. ¿De dónde han salido? ¿Cómo se relacionan unas con otras? Vale la pena intentar contestarlas juntas, empezando por la última. Y tenemos que comenzar necesariamente por aquí, ya que las lenguas que existen proceden de otras anteriores y éstas de otras y así sucesivamente.

Una visión más o menos intuitivamente atractiva es que las lenguas van separándose de otras anteriores [como en el caso de las lenguas derivadas del latín]. Había un solo latín y la falta de comunicación suficiente entre los hablantes de distintas regiones del imperio provocó (ayudada por otros muchos factores, como las invasiones bárbaras, la influencia de las lenguas nativas, etc.) la aparición de las lenguas romances.¹ Hay otros muchos casos.

Suponemos que las lenguas germánicas proceden de un «protogermánico» que se dividió; lo mismo con el «protoeslavo», que se dividiría en las lenguas eslavas; más atrás, el indoeuropeo, que dio lugar a decenas de lenguas que acabaron por dividirse en centenares de ellas, como sucedió también con las semíticas (árabe, hebreo, varias de Etiopía) y con las urálicas (finés, estonio, húngaro, samoyedo ...) y así sucesivamente. Podemos sacar una conclusión espectacular: ¡hoy existen más lenguas que nunca!

Algunos (Mark Pagel, en 1998) han calculado en 500.000 el número total de lenguas que se han hablado en la tierra desde que surgió la primera; es una simple estimación realizada mediante modelos matemáticos, y va acompañada por un incremento en la variación lingüística. Es decir, ese enorme número de lenguas vale para la historia de la humanidad en su conjunto, pero si tomamos cualquier momento del pasado el número de lenguas ha sido siempre mucho menor que el de lenguas que se hablan a finales del siglo XX. Según ese cálculo, que no es sino una estimación improbable, han ido desapareciendo sucesivamente cientos de miles de lenguas, pero la muerte de cada una daría origen a un número cada vez mayor de lenguas nuevas.

Que haya hoy día muchas más lenguas que en ningún momento del pasado no tiene mucho mérito porque, como bien sabemos, nunca ha habido tal cantidad de habitantes sobre la tierra. Ahora somos más de 5.000 millones, pero hace unos siglos no llegaríamos a los 100 millones y en los albores de la humanidad seríamos en todo el globo mucho menos de 1 millón de personas. De modo que el número de lenguas tiene que haber ido creciendo a lo largo de los siglos y los

¹ En realidad, la cosa es mucho más complicada. Las elites políticas y culturales se comunicaban muy bien de una parte a otra del imperio en el latín estándar. Los campesinos, esclavos y demás sólo hablaban con hablantes de su propia variedad del latín, y no conocían cómo se hablaba en otras provincias. A veces se juntaba gente de diversos orígenes, especialmente cuando servían en las legiones, y entonces tenían que buscar alguna forma de latín en la que pudieran conversar todos. Cuando los veteranos volvían a sus lugares de origen, llevaban consigo esa forma nueva de hablar, que se mezclaba con la del terruño. Desde luego, no todo el mundo latino hablaba igual; por ejemplo, se decía que el poeta aragonés Marcial tenía un fuerte acento; a mí me encanta imaginármelo recitando poesía latina con acento maño...

milenios.

Pero las cosas no son tan sencillas. Porque ahora la población del mundo es el doble que la de hace, digamos, 100 años pero el número de lenguas no se ha multiplicado por dos en el mismo periodo. Más bien, lo que ha sucedido es que en un cortísimo espacio de tiempo algunas lenguas han desaparecido, por ejemplo las de Tasmania, algunas de Australia y las Américas, el cornuallés y la lengua de la isla de Man, ambas del Reino Unido, otras han perdido hablantes y otras los han ganado (ahora hay muchos más hispanohablantes que en 1898).

Pero vayamos por orden; y eso es, muchas veces, ir al principio. Si las lenguas de hoy son divisiones de otras anteriores y éstas, a su vez, proceden de otras más antiguas... ¿llegamos a Adán y Eva? ¿Hubo alguna vez una lengua única de la que se fueron separando todas las demás?

Vale la pena echar un vistazo a cómo se agrupan esas cinco mil o más lenguas. Es cuestión muy debatida y resulta imposible dar una respuesta definitiva, pero es conveniente saber por dónde van los tiros y lo que nos puede deparar el futuro. Hasta hace pocos años, el estudio de las agrupaciones de lenguas, o **familias lingüísticas**, era una cuestión puramente lingüística; había enlaces más o menos a posteriori con la arqueología y la historia, pero eran los lingüistas los que sentaban las bases, aprovechadas luego por los especialistas de otras disciplinas. Hoy día sigue existiendo esa relación entre lingüística y arqueología pero se ha añadido la genética.

El reparto de lenguas por el mundo

Si hay 5.000 o 6.700 lenguas, ¿dónde están? Una cuestión importante es que no se reparten de manera uniforme. La mayor diversidad lingüística se encuentra en África y Nueva Guinea o, en general, en el Pacífico. Fíjese bien: más de 800 lenguas sólo en una isla, aunque sea bastante grande (Nueva Guinea tiene 800.000 km², pero sólo 5 millones de habitantes). En cambio, toda América tiene quizá 600 o 700, un millar como mucho. Sume al menos otras 1.000 entre Oceanía, Indonesia, Filipinas, Taiwán, más un par de enclaves en Tailandia y Laos, y tendrá la mayor parte de las famosas 5.000 (esto es: unas 3.000); el resto se reparte por Europa, Asia y Australia. ¿Por qué hay más en unos sitios que en otros?

A principios de siglo, el lingüista y antropólogo norteamericano Edward Sapir propuso la hipótesis de que en los emplazamientos más antiguos de las familias lingüísticas, en su lugar de origen, es donde hay que esperar la máxima diversidad, porque lógicamente ha habido mucho más tiempo para la diversificación. En esto están de acuerdo los genetistas, pues la diversidad genética es tanto mayor cuanto más antigua sea la población. Hay más diversidad lingüística en Inglaterra que en los Estados Unidos, también hay más en el español de España que en Latinoamérica, aunque ésta es a su vez mayor que la de Estados Unidos: España e Inglaterra llevan más tiempo usando el español y el inglés respectivamente, y la expansión de la lengua española en Latinoamérica es más antigua que la del inglés en Norteamérica. Piense también en el norte de África: las lenguas bereberes, que llevan ahí mucho tiempo, son numerosas y muy distintas unas de otras; la expansión del árabe es reciente y tenemos una superficie enorme con muy pocas lenguas (aunque contemos separadamente los dialectos árabes, que no difieren tan radicalmente unos de otros). Así que parece lógico suponer que, a más antigüedad, más diversidad.

Los polinesios

Un ejemplo: las lenguas polinesias llegaron hace relativamente poco tiempo a sus emplazamientos actuales; si comparamos samoano, maorí, rapa-nui (de la Isla de Pascua), hawaiano, tongano o tahitiano, veremos que son curiosamente parecidas aunque se hablan en lugares muy alejados unos de otros, por lo general sin contacto ninguno desde hace mucho tiempo. ¿Algún ejemplo? A lo mejor conoce usted la palabra *wahine*, «mujer», que adorna muchos bares polinesios; es hawaiana, pero en Samoa se dice *fafine* y en la lengua maorí de Nueva Zelanda es también *wahine*. Otra palabra más o menos familiar es *moana*: es así en samoano, tahitiano, maorí y otras lenguas de la zona, y significa «mar» o «lago»; propiamente, «agua profunda». En la Isla de Pascua se usa con el significado de «azul». Los hawaianos saludan con *aloha*, que es el samoano *alofa*, «amor», y el maorí *aroha* (fíjese: la *-l-* del samoano es *-r-* en maorí).

Samoa se colonizó hacia el 2000 a.C., las Hawai hacia el 400 d.C. y Nueva Zelanda (donde habitan los maoríes) en el 1000 d.C. A las islas Fiji se llegó antes que a Samoa y la lengua es allí bastante diferente a las del resto de Polinesia aunque existe un parentesco claro: «casa» es *fale* en samoano y *whare* en maorí (pronunciado [fare]); en las Fiji es *vale*. Vea algunas palabras más de fiyiano, samoano, maorí y rapa-nui; la primera es la más alejada lingüísticamente, maorí y rapa-nui se parecen bastante entre sí; señalo en cursiva las palabras más claramente emparentadas:

	Fiyiano	Samoano	Rapa-nui	Maorí
niño	<i>gone</i>	<i>tamaitiiti</i>	<i>poki tane</i>	<i>tamaiti</i>
persona	<i>tamata</i>	<i>tangata</i>	<i>tangata</i>	<i>tangata</i>
pez	<i>ika</i>	<i>ia</i>	<i>ika</i>	<i>ika</i>
grande	<i>levu</i>	<i>lapoa</i>	<i>nui</i>	<i>nui</i>
agua	<i>wai</i>	<i>fui</i>	<i>lini</i>	<i>wai</i>
beber	<i>gun</i>	<i>inu</i>	<i>unu</i>	<i>inu</i>
cabeza	<i>ulu</i>	<i>ulu; po'o</i>	<i>puoko</i>	<i>upoko</i>
ojo	<i>mata-na</i>	<i>mata</i>	<i>mata</i>	<i>mata</i>
pierna	<i>yava-na</i>	<i>vae</i>	<i>ba'e</i>	<i>waewae</i>

TABLA 1. Lenguas de Polinesia (elaboración propia).

Si tenemos en cuenta que el samoano suele tener /'/ por la /k/ de otras lenguas polinesias, el parecido de algunas palabras es aún más claro. Y finalmente: en malayo/indonesio, «pez» es *ikan* y «ojo» es *mata*, «agua» es *air* o *ayir*, «cabeza» es *kepala* y «beber» es *minum*: ¿diría usted que estas palabras tienen algo que ver con las polinesias? Lo cierto es que el malayo/indonesio resulta claramente distinto; el fiyiano se aproxima algo más pero samoano, maorí y rapa-nui se parecen más que bastante (si se ven las lenguas en su conjunto, gramática incluida, el parecido es aún mayor).

Según vamos hacia el territorio de origen, las lenguas van siendo cada vez más diferentes. Las numerosas lenguas de Indonesia (ocupada hace 4.500 años) difieren bastante entre sí y más aún con las filipinas (500 años antes); las taiwanesas (el chino no llegó hasta el siglo XVII) forman casi una familia aparte (la isla fue ocupada hace 6000 años), y el parecido con las lenguas que se supone ocupan el territorio original (tailandés, laosiano y algunas menores) es tan remoto que muchos lo niegan. Si vamos más hacia el oeste, el malgache de Madagascar (la isla se ocupó desde el Pacífico hace unos 3200 años) es también bastante distinto aunque su parentesco con las lenguas malayas es evidente.

Vea las palabras anteriores en malayo, tagalo y tailandés:

	Malayo	Tagalo	Tailandés
niño	(k)anak	anáak	dek
persona	orang	táo	chai
pez	ikan	isdá'	pla
grande	besar	malakí	luang
agua	ayir	túbíg	nam
beber	minum	-inóm	düem
cabeza	kepala	úlo	hua
ojo	mata	matá	ta
pierna	kaki	bínti'	tien

TABLA 2. Parientes de las lenguas polinesias (elaboración propia).

He usado el ejemplo de las lenguas polinesias porque todo el mundo (antropólogos, lingüistas, arqueólogos, historiadores y genetistas) parece estar de acuerdo en las fechas y en el parentesco de todas estas lenguas. La lógica parece aliarse con la realidad que conocemos, de modo que es un buen punto de partida.

¿Origen africano?

Si es cierta esa correlación entre antigüedad y diversidad, África, que es el continente con la mayor diversidad lingüística del mundo, tendría también las lenguas más antiguas. Parece cierto, como ahora veremos. Pero hay una región en África que es también, dentro de todo el continente, la de mayor diversidad: se trata del área de África occidental correspondiente más o menos al actual Camerún y las regiones aledañas al norte y noroeste, incluyendo Nigeria. Pues bien, parece existir acuerdo en que de aquí procede buena cantidad de las lenguas africanas, tanto del oeste como del este y buena parte del centro y sur de África: las numerosas lenguas de África occidental más el enorme grupo de las «lenguas bantúes» cuya expansión comenzó hacia el 300-500 a.C. y no concluyó hasta el siglo XIX con el asentamiento definitivo de zulúes, xhosas y otros en Sudáfrica.

Lo cierto es que los lingüistas más osados no han conseguido establecer menos de tres enormes familias: **khoisan**, que enseguida veremos; **afro-asiática**, que agrupa las lenguas tradicionalmente llamadas «camito-semíticas», desde el egipcio antiguo al árabe, hebreo, arameo, lenguas de Etiopía como el amhárico, el tigrinya de Eritrea y otras muchas; otra rama afroasiática serían las lenguas **nilo-saharianas** del sur de Sudán y regiones aledañas, pero también el hausa del norte de Nigeria. La tercera gran familia es la **níger-kordofán**, en la que se encuadran las bantúes y, para decirlo brevemente, todas las lenguas africanas subsaharianas que no pertenecen a las otras dos grandes familias. Dentro de cada una de ellas, la diversidad es aterradora. Si miramos dos lenguas cualesquiera de África, parecerían divergir tanto como el español y el chino. Si le apetece, vea algunas palabras:

	!Kung	Nama	Hausa	Maasai	Zulú	Swahili
yo	<i>mi</i>	<i>ti</i>	<i>ni</i>	<i>nanu</i>	<i>ami</i>	<i>mimi</i>
tú	<i>i</i>	<i>tsa</i>	<i>kai</i>	<i>inyi</i>	<i>akhu</i>	<i>ako</i>
lengua	<i>theri</i>	<i>nami</i>	<i>harše</i>	<i>ngejep</i>	<i>limi</i>	<i>limi</i>
hablar	<i>okx'ui</i>	<i>kx'ui</i>	<i>fada</i>	<i>ira</i>	<i>amb</i>	<i>amb</i>
beber	<i>k'a</i>	<i>kx'a</i>	<i>ša</i>	<i>mat</i>	<i>phuza</i>	<i>nyw</i>
año	<i>kuri</i>	<i>kuri</i>	<i>šekara</i>	<i>arin</i>	<i>nyaka</i>	<i>aka</i>
ojo	<i>lga</i>	<i>mus</i>	<i>ido</i>	<i>ongu</i>	<i>so</i>	<i>cha</i>
sol	<i>lam</i>	<i>lam</i>	<i>rana</i>	<i>olong</i>	<i>langa</i>	<i>jua</i>
carne	<i>lha</i>	<i>kx'o</i>	<i>nama</i>	<i>kiring</i>	<i>inyama</i>	<i>nyama</i>

TABLA 3. Cuadro comparativo de lenguas africanas (sobre datos de M. Ruhlen).

!Kung y nama pertenecen a los dos grandes grupos de la familia **khoisan** (en términos ya anticuados son «bosquimanos» y «hotentotes» respectivamente). Zulú y swahili son **bantúes** de Sudáfrica y África oriental respectivamente; hausa es el del grupo chádico, de la familia afroasiática; el maasai pertenece al grupo o subfamilia nilótico, seguramente emparentado con el afroasiático. Podrá ver fácilmente que las similitudes son bastante limitadas y que, en realidad, se parecen poquísimo, excepto las bantúes entre sí, y las khoisan entre sí. Pues añade ahora esas palabras en árabe, hebreo y dos parientes muy antiguos:

	árabe	Hebreo	Asirio	Egipcio ²
yo	<i>'ana</i>	<i>ani</i>	<i>anaku</i>	<i>ínk</i>
tú	<i>'anta</i>	<i>atah</i>	<i>atta</i>	<i>nt</i>
lengua	<i>lisan-</i>	<i>lashon</i>	<i>lishanu</i>	<i>ns</i>
hablar	<i>-kalam-</i>	<i>diber</i>	<i>kabu</i>	<i>mdw</i>
beber	<i>sharib</i>	<i>shatah</i>	<i>shatu</i>	<i>swr</i>
año	<i>sanar-</i>	<i>shanah</i>	<i>shattu</i>	<i>rnpt</i>
ojo	<i>'ayn</i>	<i>'eyin</i>	<i>ên-</i>	<i>írt</i>
sol	<i>shamsh-</i>	<i>shemesh</i>	<i>shamu</i>	<i>šw</i>

Los bosquimanos y sus lenguas (primera excursión)

Las lenguas africanas son las más antiguas? Un ejemplo es el de las lenguas llamadas khoisan. Se trata de una serie de lenguas usadas por «bosquimanos» (que ahora se prefiere llamar **san**) y «hotentotes» (**khoi**) extendidos desde el centro de Angola a Namibia, Botswana y el centro de Sudáfrica, con algún resto más al noreste, el actual Zimbabwe. Gran número de ellas ha desaparecido ya y el resto está en peligro inmediato, pero conocemos algunas bastante bien. Tienen todas una peculiaridad prácticamente exclusiva: los **clics** o chasquidos. Se trata de unas «consonantes» de lo más especiales. Si quiere puede oírlas en una película: Los dioses deben de estar locos: el bosquimano que sale como protagonista los usa constantemente.

Efectivamente, suena muy raro. Esos clics tan extraños, sin embargo, son sonidos que usamos nosotros con mucha frecuencia, unos más que otros. Uno (☉) es el sonido de un beso bien fuerte

² Árabe y hebreo son las lenguas actuales; el asirio se utilizó en el segundo milenio a.C.; las palabras egipcias corresponden al llamado «egipcio medio», en el que está la mayor parte de los textos que conservamos. Desgraciadamente, de esta lengua conocemos la pronunciación de las consonantes pero no las vocales.

(el clic labial); el lateral (/l/) es como el chasquido que se da para arrear un caballo. El ruido de un corcho saliendo de la botella se parece al clic alveolar (!). El dental, representado (l) es como un chasquido de disgusto. Estos clics pueden aparecer aspirados o glotalizados, seguidos de una fricativa velar como nuestra *jota*, o de una posvelar, o pueden ser nasalizados, o tener una combinación de todos estos rasgos. La lengua nama tiene 20 clics, pero en la lengua !xóõ hay 84 (¡más otras 32 consonantes, más 25 vocales!).

Hay tanta diversidad entre las lenguas khoisan que sus hablantes no se entienden entre sí, y eso debe haber sucedido desde hace mucho tiempo; como dicen a menudo los especialistas en estas lenguas, cuando se oyen varias «no suenan igual», aparte de la coincidencia superficial de los clics. Las relaciones históricas no se discuten, pero tampoco saltan fácilmente a la vista. De modo que es una familia lingüística reconocida que ha ocupado «desde siempre» el sur de África aunque antes vivieran más al noreste que ahora, desde luego en regiones menos áridas que el Kalahari, adonde los empujó quizá la primera expansión bantú. Sus únicos parientes son dos lenguas de Tanzania llamadas sandawe y hadza, que también tienen clics. No sería de extrañar que la patria originaria estuviera en Tanzania, ya que sabemos de la migración de los pueblos khoisan y sabemos también que el ser humano moderno probablemente surgió, precisamente, en el área de Tanzania/Etiopía. El número de hablantes es muy reducido y lo ha sido siempre, porque los grupos san (o bosquimanos propiamente; los khoi son pastores desde hace mucho tiempo, de modo que el nama tiene casi 150.000 hablantes), uno de los últimos pueblos cazadoresrecolectores, siempre son muy pequeños e incluso la agrupación en tribus que se produce esporádicamente apenas da para unos pocos centenares.

Así que lenguas habladas por pequeños grupos de personas que han residido durante milenios en zonas colindantes, sin nadie más que ellos, tienen un grado de diversidad enorme. Piense que algunas, con apenas dos mil hablantes, se extienden por regiones tan grandes como Extremadura o incluso Andalucía. La única explicación posible es que precisamente su antigüedad y el aislamiento de las diversas tribus han favorecido la diversidad.

Lo mismo sucede genéticamente, según parece, igual que África en su conjunto es el lugar del mundo con mayor diversidad genética. Probablemente las lenguas khoisan descienden de las que se hablaban en el este y sur del continente hace decenas de miles de años. Quizá el pueblo más antiguo de África y de todo el mundo sea el de los pigmeos, como afirman algunos genetistas, pero desgraciadamente abandonaron hace tiempo sus lenguas y adoptaron las de sus vecinos, de manera que prácticamente nada podemos saber sobre ellas. Algunos quieren ver una continuidad incluso bastante clara entre los restos fósiles de los primeros homínidos modernos (*sapiens sapiens*) africanos y los bosquimanos. Hay que decir que genéticamente están además un tanto aparte de los demás africanos, lo que puede ser un reflejo de que a lo largo de su historia se mezclaron poco.

Más adelante, al hablar del primitivismo de las lenguas, echaremos un breve vistazo a estos interesantes idiomas. Porque, si todo apunta a que son los descendientes «directos», de la población más antigua de África, y teniendo en cuenta además que eso de los clics convierte a las khoisan en unas lenguas bastante extrañas, podríamos pensar: si ellas no son primitivas, ¿cuáles pueden serlo? Lo que sí es una posibilidad no totalmente descartable, sin embargo, es que se trate de las lenguas sucesoras de las primeras lenguas de los primeros humanos modernos (aunque tal cosa es imposible de comprobar).

Otras geografías, otras antigüedades

Así que: lugar más antiguo, África; máxima diversidad: África; lenguas quizá entre las más antiguas, las khoisan. Todo esto parece confirmar la ecuación diversidad y antigüedad. Pero entonces ¿Y Nueva Guinea? Pues resulta que es de los lugares de más antiguo asentamiento de los seres humanos modernos, hacia el 60.000 a.C. por lo menos. La investigación actual apoya la existencia de quizá no más de dos grandes familias en la enorme isla del Pacífico, dejando aparte las costeras, que pertenecen a la familia austronésica y llegaron mucho más recientemente; este origen en sólo dos familias sería tan lejano, sin embargo, que ha bastantes lingüistas en desacuerdo y que siguen prefiriendo la clasificación en más de medio centenar de familias distintas. Muy poco más tarde se iniciaría la ocupación de Australia, lugar también de gran diversidad lingüística aunque hoy día se piensa que todas las lenguas aborígenes de Australia quizá puedan agruparse en una única gran familia histórica. Fíjese en un detalle: el ser humano llegó por primera vez al norte de la isla y desde allí fue extendiéndose; pues bien, la mayor diversidad y la mayor concentración de lenguas vuelven a encontrarse precisamente en el norte de Australia.

Las lenguas del sureste asiático, origen, como hemos visto, de las austronésicas que van del taiwanés (y antes otras lenguas de Indochina) al rapa-nui de la Isla de Pascua, tendrían una antigüedad muy poco menor, como lo es su diversidad misma. Y allí se conservan además otras lenguas que parecen extraordinariamente antiguas, como el andamán, sin parientes conocidos.

La ocupación del resto de Asia, Europa y América sería más reciente, quizá 40.000 años o menos, lo que tendría un reflejo en la menor diversidad de lenguas: menos en número, y (relativamente) más parecidas entre sí. La única excepción parecería ser América, a la que enseguida volveremos.

El gran misterio americano

Empecemos por el final, por la última gran migración. Hace pocos milenios unos pueblos siberianos llegaron a Norteamérica por el estrecho de Bering, como todos los demás ocupantes primitivos de América, que sepamos, pues durante las glaciaciones el nivel del mar era tan bajo que Asia y América estaban unidas por tierra. Como lo encontraron casi todo ocupado por pueblos llegados con anterioridad, se quedaron en el extremo norte y circularon de oeste a este, llegando desde Alaska y las Islas Aleutianas hasta Groenlandia: los solemos llamar «esquimales» pero el nombre preferido actualmente es el que se dan ellos mismos: inuit. Estas lenguas se parecen bastante entre sí, pues su expansión es reciente, y forman el grupo esquímo-aleutiano; deberían estar emparentadas con lenguas siberianas, y así parecen ser.

Antes que ellos, hace 5.000 o quizá 10.000 años, habían llegado por el mismo camino otros pueblos. También encontraron las tierras más al sur ya ocupadas, de modo que se quedaron en la franja noroccidental de los actuales Estados Unidos y de Canadá aunque dejando libre la zona extrema que ocuparían luego los inuit, porque era la de clima más inhóspito. Forman una familia llamada na-dené y algunas de sus tribus le pueden resultar familiares: los haida, los atabascanos o los tlingit del noroeste de Canadá y Estados Unidos, a los que conocemos sobre todo por sus grandes postes totémicos decorados y pintados. Más famosos aún, no sólo gracias a las películas del oeste, son los pueblos que se asentaron en el centro-sur de los Estados Unidos (Arizona y Nuevo Méjico, por ejemplo): navajos y apaches. Sus lenguas son muy distintas unas de otras, como

podría esperarse de pueblos extendidos por una extensa zona geográfica desde hace varios milenios.

Pero antes que ellos habían llegado otros que se encontraron un continente totalmente vacío de seres humanos y pudieron extenderse desde Norteamérica hasta la Tierra del Fuego con bastante rapidez. No sabemos exactamente cuándo llegaron, pero probablemente no hace más de 30.000 años aunque la fecha es muy debatida; tradicionalmente se consideraba que los primeros restos (herramientas) que atestiguaban la presencia del ser humano en tierras americanas correspondían a la llamada cultura de Clovis, por un yacimiento de Nuevo Méjico, de hace 11.500 años. Nunca se había podido encontrar nada más antiguo, pero recientemente parece existir un cierto consenso sobre un importante yacimiento en Chile, llamado Monte Verde: se le asignan unos 12.500 o 13.000 años. Pero para recorrer los miles de kilómetros que separan Chile del estrecho de Bering hizo falta mucho tiempo, lo que probablemente lleve la fecha de la primera llegada del ser humano al continente americano hacia el 30.000 a.C.

A lo largo de un tiempo tan prolongado, los grupos humanos se desplazaron con bastante rapidez, pues no existía nadie más con quien hubieran podido entrar en conflicto; la constante separación, reagrupación y contacto de pueblos correspondería a lo que veremos más abajo como «segundo escenario» para la aparición del lenguaje: aunque originalmente hubiera sólo una lengua, o un pequeño número de ellas, trasplantada desde Siberia, el proceso complicó las cosas hasta llegar a la situación de enorme diversidad que caracteriza a las Américas. También es posible que no hubiera una sola migración, sino que ésta se realizara en oleadas, y las lenguas que traería consigo cada nueva oleada podrían ser distintas a las de épocas anteriores (aunque quizá de las mismas familias).

En 1987, un importante lingüista norteamericano, Joseph Greenberg, propuso una agrupación de todas las familias y subfamilias de América con excepción de las dos grandes familias del extremo norte; llama amerindia a esa hiperfamilia. Greenberg es también conocido por una no menos revolucionaria clasificación de las lenguas de África, que he seguido en el apartado correspondiente y que está hoy día generalmente aceptada.

Greenberg y sus colaboradores han propuesto una serie de palabras o raíces que serían comunes a toda la macro-familia amerindia, desde la Tierra del Fuego hasta Canadá, y que correspondería a la primera de las migraciones humanas a América. Aquí tiene algunas de ellas:

brazo:	* <i>pok</i> (el asterisco indica que la palabra se ha reconstruido, no tiene por qué pertenecer actualmente a ninguna lengua concreta)
perro:	* (<i>a</i>) <i>k'uan</i>
mano:	* <i>makan</i>
hierba:	* <i>kuli</i>
rodilla:	* <i>puku</i>
hombre:	* <i>achi</i>
río:	* <i>pel</i>

TABLA 6. Algunas raíces americanas (sobre datos de M. Ruhlen).

Estas palabras, y otros cientos como ellas, no aparecen siempre en todas las familias, sino que van estableciendo relaciones entre dos o más de ellas; es el conjunto de las etimologías lo que da su posible validez a la propuesta de Greenberg. Algo semejante sucede en las lenguas indoeuropeas, donde no todas las raíces originales están atestiguadas en todas las lenguas.

Se ha propuesto incluso un par de términos generalizados: los pronombres personales de 1ª y 2ª en singular, respectivamente, *ni*, *mi*, son el rasgo más importante. A él se sumarían algunas pocas palabras como **maliq'a*, «tragar; garganta», y la pareja **t'ana/t'ona*: «hijo/hija».

Baste indicar aquí que ni mucho menos existe acuerdo sobre esta hipótesis aunque se corresponde bastante bien con los estudios genéticos de los pueblos indígenas americanos, si bien también éstos se discuten arduamente. Sería bonito, de todos modos, que pudiera demostrarse de manera mucho más firme: lingüística y genéticamente tendríamos entonces una correspondencia con las tres fases sucesivas de emigración a América que suponemos por la arqueología. Y además, la diversidad iría creciendo con la antigüedad, desde las lenguas esquimo-aleutianas relativamente próximas y parecidas, a la enorme diversidad de las amerindias.

¿Y los indoeuropeos?

Dejando aparte la expansión reciente de francés, inglés, portugués, neerlandés y castellano, se trata de lenguas que ocupan un extenso territorio desde hace mucho tiempo y cuyo parentesco está firmemente establecido desde fines del siglo XVIII. Al principio se consideraban integrantes de esta familia las lenguas románicas (por el latín), el griego, las eslavas, germánicas, bálticas (lituano y letón), célticas, iránicas e indias (como el sánscrito y sus derivados modernos).

Se han ido añadiendo progresivamente otras cuyo parentesco no resultaba tan patente, como el albanés y el armenio, y otras lenguas desaparecidas y de descubrimiento más o menos reciente, como el osco-umbro (en la Península Itálica), el tracio, el ilirio (en los Balcanes; sólo se conservan escasos restos), el tocario (en China noroccidental) y el hitita (en Anatolia, Turquía). El hitita es de especial interés porque enseguida se fueron descubriendo más lenguas estrechamente emparentadas con ella, como el luwita, el palaico, el lidio, etc.; en conjunto forman el grupo llamado anatolio. Alguna propuesta más reciente, como considerar el etrusco lengua indoeuropea, quizá del grupo anatolio, no es más que una hipótesis en pañales. La relación entre estas lenguas queda de manifiesto en el siguiente mini-vocabulario comparativo:

	yo	tu	¿quién?	agua	nombre	muerte	dos
Germánico	<i>ik</i>	<i>þu</i>	<i>hwās</i>	<i>wato</i>	<i>nomō</i>	<i>morþr</i>	<i>twe</i>
Báltico	<i>aš</i>	<i>tu</i>	<i>kas</i>	<i>vanduo</i>	<i>emmens</i>	<i>mirti</i>	<i>du</i>
Eslavo	<i>azŭ</i>	<i>ty</i>	<i>kŭto</i>	<i>voda</i>	<i>imę</i>	<i>mrto</i>	<i>dŭo</i>
Celta	<i>mé</i>	<i>tú</i>	<i>cid [kid]</i>	<i>uisce</i>	<i>ainm</i>	<i>marb</i>	<i>dó</i>
Latín	<i>ego</i>	<i>tu</i>	<i>quis</i>	—	<i>nomen</i>	<i>mortuus</i>	<i>duo</i>
Griego	<i>ego</i>	<i>su</i>	<i>tis</i>	<i>hudor</i>	<i>onoma</i>	—	<i>duo</i>
Armenio	<i>es</i>	<i>du</i>	<i>ov</i>	—	<i>anun</i>	<i>mah</i>	<i>erku</i>
Albanés	—	<i>ti</i>	<i>kush</i>	<i>uje</i>	<i>émen</i>	—	<i>dy</i>
Sánscrito	<i>ahám</i>	<i>tuvám</i>	<i>kás</i>	<i>udakám</i>	<i>naman</i>	<i>mrtá</i>	<i>duv</i>
Tocario	—	<i>twe</i>	<i>kuse</i>	<i>war</i>	<i>ñem</i>	—	<i>wi</i>
Hitita	<i>uk</i>	—	<i>kuis</i>	<i>watar</i>	<i>laman</i>	<i>marta</i>	<i>twi-</i>

TABLA 7. Lenguas indoeuropeas (elaboración propia).

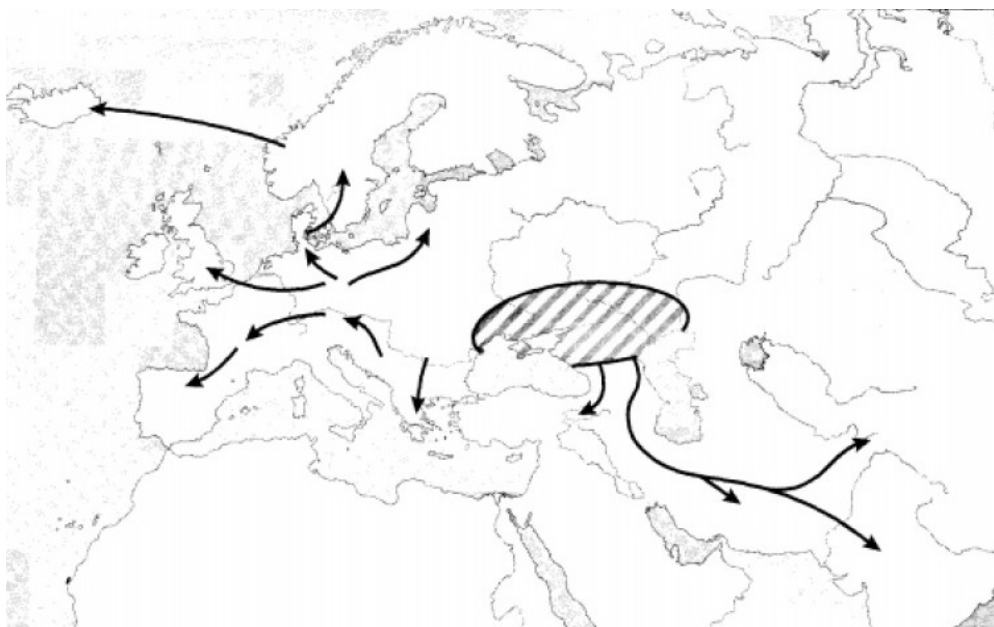
Algunas observaciones: «sánscrito» sirve aquí por todo el grupo indo-ario; las formas germánicas son del gótico, la lengua germánica más antigua conocida, ya desaparecida, con algunas

alteraciones en la ortografía para simplificar la identificación de las formas. La letra *β*, llamada *βorn*, tiene el sonido de nuestra zeta. El «eslavo» es la forma más antigua bien conocida de estas lenguas, el «eslavo eclesiástico antiguo» de los siglos IX y X; las vocales con cedilla son nasalizadas. «Tocario» eran en realidad dos lenguas, aquí aparecen las formas de la llamada «tocario B». «Báltico» es lituano, y «céltico» es irlandés antiguo. Cuando no aparece la palabra correspondiente no es que no exista, sino que es una raíz distinta a la de las otras lenguas. Tenga en cuenta que todas las palabras de la lista están emparentadas regularmente, incluso el curioso *erku* del armenio (también en lingüística, las apariencias engañan). Hay una lengua más: el castellano, así que puede incluir las palabras castellanas en la comparación.

Actualmente se piensa que el hitita y el indoeuropeo propiamente dicho son más «hermanas» que hija y madre; es una idea que se ha ido abriendo terreno poco a poco y entre cuyos primeros y más firmes impulsores está el helenista e indoeuropeísta español Francisco Rodríguez Adrados. Dos familias, por tanto, con un antecesor común al que por el peso de la tradición se llama también indoeuropeo.

¿De dónde y cuándo salió esa familia? No voy a intentar resumir todo lo que se ha hablado al respecto durante más de un siglo. Mencionaré nada más la hipótesis considerada estándar y las teorías más recientes que se han propuesto.

Según la hipótesis estándar, los indoeuropeos serían un pueblo de cultura calcolítica («edad del cobre», predecesora de la del bronce) dedicado fundamentalmente al pastoreo y que usaba el caballo con fines guerreros, que habitó en las estepas del sur de Ucrania y Rusia hace, digamos, 5.000 años (esto es, hacia el 3.000 a.C.), quizá algo más, quizá menos. Desde ahí se fue extendiendo: primero se separaron los anatolios; luego, el resto se fue cada uno por su lado: hacia el suroeste los griegos, tracios, ilirios, itálicos; hacia el oeste los celtas y al noroeste germanos, bálticos y eslavos. Hacia el sureste se fueron los indo-iranios y, un poco más hacia el noreste, los tocarios. Y así fueron evolucionando y acabaron por dar lugar a las lenguas actuales, ayudados por intercambios lingüísticos entre unos y otros y con las lenguas habladas en sus nuevos lugares de asentamiento por las poblaciones aborígenes. El siguiente mapa permite ver esto más claramente.



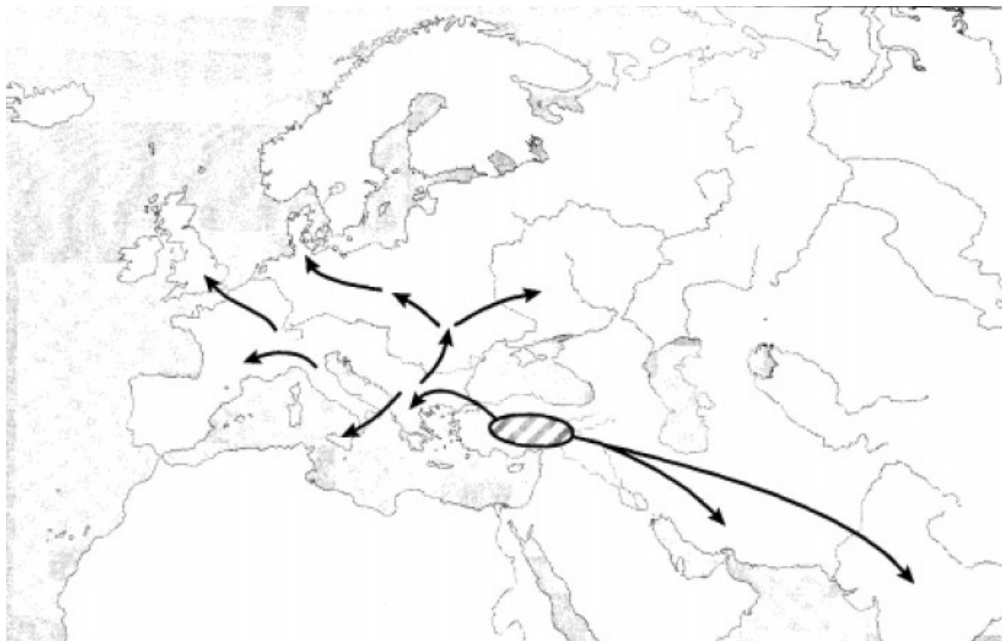
MAPA 1. La teoría estándar de la expansión indoeuropea.

Una hipótesis alternativa: los indoeuropeos salieron de Anatalia

Recientemente las cosas parecen haber cambiado. Comenzó con la atrevida propuesta de dos indoeuropeístas de la por entonces Unión Soviética: Tomas V. Gamkrelidze y Viacheslav Vs. Ivanov. He aquí un resumen muy breve de sus ideas, a las que llegaron por la vía tradicional del análisis exhaustivo de los datos lingüísticos y después la comparación con los de la arqueología:

Había un grupo de agricultores hace al menos 7 u 8.000 años en Anatolia, en la actual Turquía. Habían aprendido la agricultura de los otros pueblos de la zona; a fin de cuentas, empezó por allí cerca. Parte de ellos emigró, seguramente como en todos los casos similares, por la necesidad de encontrar nuevas tierras para mantener a una población en rápido crecimiento. Algunos se quedaron y sus lenguas las conocemos como anatolio. Los otros fueron extendiéndose poco a poco por Europa hasta llegar con la agricultura a los extremos occidentales de Europa hacia el 2000 a.C.; por otro lado se marcharon hacia Asia: Irán, Pakistán, India, el Pamir.

La ruta de emigración propuesta es un poco complicada (mapa 2): primero hacia Grecia y los Balcanes, y allí surgieron las lenguas griega, albanesa, armenia y otras ya desaparecidas. Otros se fueron hacia el noreste y entraron en Eurasia entre el Caspio y el mar de Aral. Los predecesores de los iraníes se quedaron un poco antes, los pro-indios siguieron hacia el este. El resto llegó a las estepas del sur de Rusia y Ucrania; mientras algunos se marchaban hacia el este para convertirse en tocarios, otros se dirigieron al oeste para ser europeos (itálicos, celtas, germanos) mientras los que menos se movieron acabaron en baltos y eslavos.



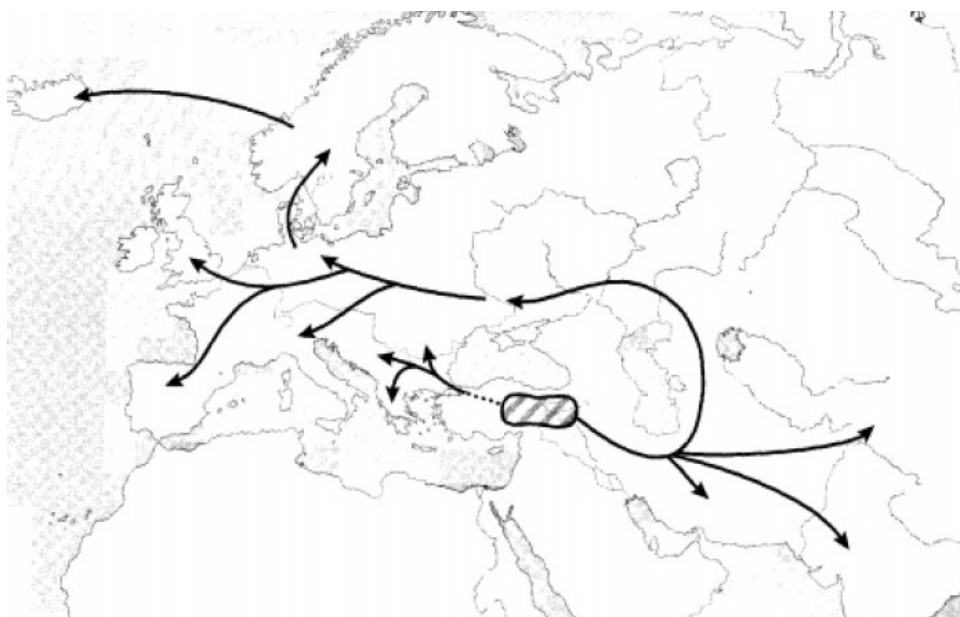
MAPA 2. La expansión indoeuropea según Ivanov y Gamkrelidze.

T. V. Gamkrelidze y V. V. Ivanov (1984) aducen muchas razones para apoyar su hipótesis: de un lado el vocabulario indoeuropeo referido a flora, fauna, medios de transporte, metalurgia y rasgos geográficos, que parece apuntar a las montañas y mesetas de Anatolia con exclusión de las estepas europeas. Otro argumento es la presencia en indoeuropeo de palabras tomadas de lenguas de

Oriente Medio que nunca existieron en Eurasia, como las semíticas, algunas caucásicas e incluso otras varias habladas en el área de Anatolia. *tauro-, «toro» (retengo las formas reconstruidas por Ivanov y Gamkrelidze), procedería del semítico *tawr-; «hidromiel», reconstruido en indoeuropeo como *medu-, derivaría de la raíz semítica *mVtk «dulce». *Haster-, «estrella», de *'attar, mientras el numeral «7» pasaría del semítico *sab' al indoeuropeo *septm-. Es interesante que la palabra indoeuropea *agro-, «campo cultivado», se vea como préstamo del sumerio agar, pues la primacía de los sumerios como agricultores es clara. Otras palabras aparecen a la vez en indoeuropeo, lenguas anatólicas no indoeuropeas como háttico, elamita y hurrita, y también en las caucásicas como el georgiano. Sucede con la palabra semítica *wajn- que pasaría al georgiano como gwin-, y al indoeuropeo *ueno: «vino». Como aducen ellos, si los indoeuropeos procedían de Ucrania y Rusia no sería de esperar que hubiera palabras de lenguas de Oriente Medio en todas las indoeuropeas de Eurasia, pero no préstamos de lenguas euroasiáticas como las altaicas, vecinas del hipotético territorio original en Europa (éstos existen, pero son más tardíos).

Independientemente de los dos indoeuropeístas rusos, un arqueólogo británico, Colín Renfrew, presentó una propuesta prácticamente idéntica elaborada sobre datos arqueológicos y no lingüísticos. Renfrew no se limita al indoeuropeo y ve en el Creciente Fértil los orígenes de la expansión de la agricultura y, con ella, la dispersión de las lenguas nostráticas (a las que iremos enseñuida). Esas palabras que vimos antes como préstamos semíticos, sumerios, etc., al indoeuropeo serían ahora restos de una lengua común primitiva. Esto se parece un poco al mito de la Torre de Babel, aunque podría ser cierto; de momento no es más que una hipótesis atrevida y con cierto número de detractores entre lingüistas y arqueólogos.

Para Renfrew, los primeros indoeuropeos pasarían todos inicialmente por los Balcanes. En esto, como en la propuesta de Gamkrelidze e Ivanov, el acuerdo con los datos arqueológicos de la expansión de la agricultura en Europa parece total. Luego, haciendo uso solamente de los datos arqueológicos, Renfrew propone que desde los Balcanes se produjeron dos líneas de expansión: hacia el oeste y hacia el este, a las estepas rusas. Desde aquí continuarían más al este algunos grupos que darían lugar finalmente a indo-iranios y tocarios. El movimiento es contrario al propuesto por los lingüistas rusos y puede ocasionar graves dudas a muchos indoeuropeístas. Otro problema de la teoría es que no se sabe muy bien qué hacer con el extremo occidental de Europa: las Islas Británicas, pero sobre todo la Península Ibérica.



MAPA 3. La expansión indoeuropea según Renfrew.

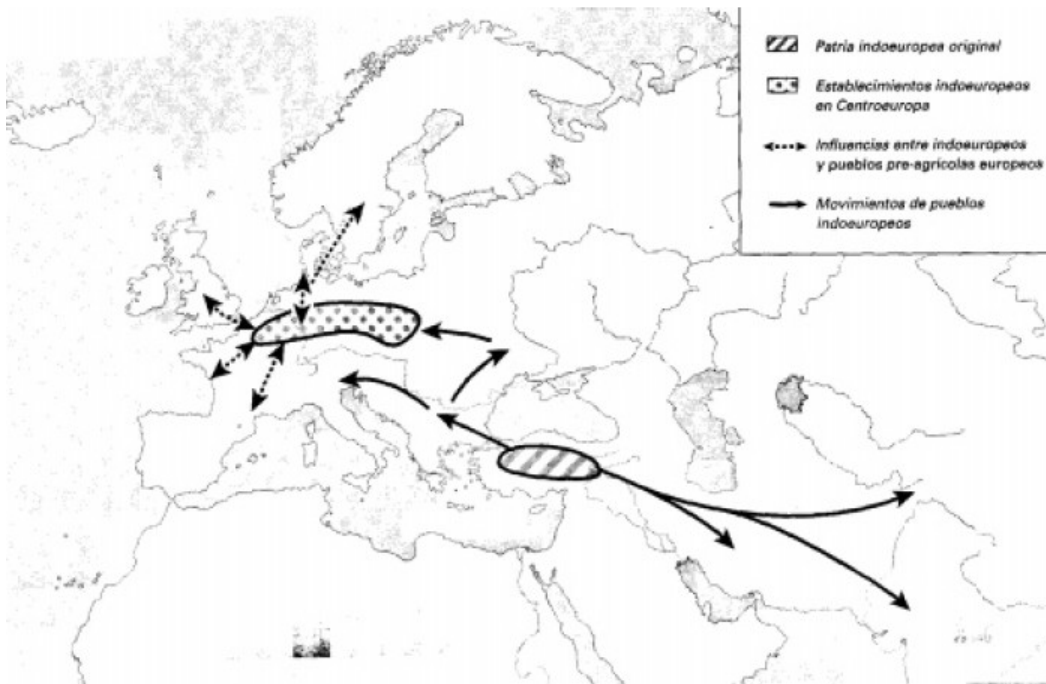
Pero es necesario entender qué se quiere decir exactamente con «migración» o «expansión» de los pueblos.

Intermedio: las inexistentes pero reales migraciones de los primeros agricultores

La teoría de Renfrew se apoya en el modelo de expansión de las poblaciones agrícolas propuesto por el grupo de investigadores del genetista de la Universidad de Stanford, Cavalli-Sforza. Según este no se trata de emigraciones propiamente dichas, sino de simples desplazamientos a muy pequeña escala: para conseguir tierra adecuada para los cultivos, varias personas se desplazan unos kilómetros desde su lugar de origen y se asientan allí, de modo que en realidad no existe emigración alguna tal como normalmente entendemos el término; hay que caminar un poco más para que los niños vean a sus abuelos, y eso es todo. Pero el resultado es que aunque cada generación (30 años) sólo se desplaza dieciocho o veinte kilómetros, de modo que los individuos apenas se dan cuenta del proceso, en 1.000 años el desplazamiento total ha sido al menos de 700-800 kilómetros, en el caso extremo hasta 1.000, incluso si en una misma generación no todos van en la misma dirección sino unos al norte, otros al sur, etcétera. Es un tipo de proceso que ya hemos visto y al que hemos de volver, en el que los individuos no se percutan nunca del efecto acumulativo y a largo plazo de sus acciones (este proceso se denomina «de mano invisible»). De manera que si la agricultura europea empezó en Grecia hacia el 6.000 a.C. y alcanzó el extremo occidental de Europa tres mil años después, los números cuadran bastante bien. Bueno, en estos términos hay que entender las «migraciones» de los primeros agricultores.

Volvamos a Anatalia

Una variante que podría solucionar alguno de los problemas de las dos hipótesis anteriores es la reciente propuesta del también arqueólogo Marek Zvelebil. Coincide en que los indoeuropeos salen de Anatolia con la agricultura, pero él prefiere pensar que la migración propiamente dicha, lo que se llama «difusión étnica», quedaría limitada a parte de los Balcanes y a una larga franja el centro de Europa, digamos desde Bielorrusia hasta las fronteras de Alemania, donde existe una cultura arqueológica unitaria caracterizada por cierto tipo de cerámica y otras muchas cosas. Allí llegarían, con la agricultura y la lengua, los indoeuropeos procedentes de la actual Turquía, y allí se instalarían hasta hoy. En el resto de Europa, y luego hacia el este, habría que pensar más bien en difusión cultural, en influencia sobre los vecinos: cultural, sobre todo en la aparición de la agricultura, también en el lento proceso de adopción de lo que se llaman «industrias» en arqueología (nuevas formas de hacer herramientas) y muchos elementos de la cultura espiritual. Pero también influencia lingüística, aunque ya no por la simple adopción de las hablas indoeuropeas por los cazadores-recolectores de cultura mesolítica, sino por un proceso de «criollización».



MAPA 4. La expansión indoeuropea según Zvelebil

En realidad, siempre se había hablado de influencia de las lenguas pre-indoeuropeas sobre las indoeuropeas en todas partes. Muchos de los cambios que separan unas lenguas indoeuropeas de otras se deberían a la influencia de esas lenguas anteriores, así como la presencia de una buena parte de vocabulario en griego, latín, germánico, etcétera, que no tiene equivalentes en las demás lenguas de la familia. Las lenguas mesolíticas de Europa serían muy distintas unas de otras, como sucede en las zonas de asentamiento muy antiguo (llevarían allí 30.000 años), y no nos puede extrañar que los resultados de esa criollización sean tan diferentes de unas lenguas indoeuropeas a otras... aunque en realidad no son tan excesivos como podría parecer a primera vista. Hoy por hoy resulta imposible saber, sin embargo, si el parecido es sólo por la conservación de rasgos originales indoeuropeos o por similitudes existentes entre las lenguas de la Europa mesolítica.

Independientemente de estos lingüistas y antropólogos, los estudios de genética de poblaciones de Cavalli-Sforza obtuvieron unos resultados muy curiosos: como si un pueblo hubiera salido de Anatolia hace unos 10.000 años y se hubiera ido extendiendo por Europa desde el sureste hacia el norte y el oeste. Fueron llegando y dejando su huella genética por todas partes, cada vez más débil, excepto en una región muy limitada... que parece coincidir con el área histórica de la lengua vasca y de la cultura de las cuevas pintadas. Otros datos de los mismos investigadores, en cambio, apuntan a una segunda migración más tardía (hace menos de 6.000 años) que coincidiría básicamente con la hipótesis estándar: desde las estepas de Ucrania hacia el sureste (la India) y el oeste (Europa). ¿Dos fases en la migración de pueblos indoeuropeos? La coincidencia con la propuesta de Renfrew es llamativa. En este terreno queda aún muchísimo por hacer hasta que tengamos respuestas definitivas.

Por cuatro vías distintas se llega a resultados parecidos (fechas, áreas...). Esto no quiere decir que las hipótesis de Ivanov, Gamkrelidze, Renfrew, Zvelebil y Cavalli-Sforza sean las definitivas, pero desde luego no se pueden echar a la papelera sin más, como algunos intentan hacer. No se trata tanto de que las propuestas estén o no de acuerdo con las reconstrucciones lingüísticas de los indoeuropeístas, sino de que es preciso que cuadre todo: lingüística, genética y arqueología.

Si todo esto acabara por demostrarse tendríamos que cambiar bastantes de nuestras ideas sobre la expansión indoeuropea: en lugar de pueblos guerreros (como sus sucesores los germanos, por ejemplo, invadiendo el Imperio Romano) tendríamos pueblos agrícolas pacíficos que se iban instalando donde les parecía bien e influyendo sobre sus vecinos. Los habitantes mesolíticos de Europa en aquella época, llamémosles «cro-magnones», eran sin duda muy pocos: los de cultura mesolítica como el mencionado hombre de Cheddar no pasarían quizá de 10.000 personas en toda Gran Bretaña; la población sería probablemente algo mayor en el área de la lengua vasca. Si se acepta la hipótesis de la difusión étnica, los cazadores-recolectores se irían mezclando con los nuevos agricultores indoeuropeos y acabarían por desaparecer como pueblos «autóctonos» y con ellos sus lenguas, como ha sucedido cientos de veces en época posterior en muchas partes del mundo y como aún sigue sucediendo.

¿Existió, pues, una «lengua original»?

No lo sabemos. En buena parte, el problema coincide con el de los orígenes de la especie humana, así que vamos a ello brevemente.

Un estudio de una parte del ADN, llamado mitocondrial, que es transmitido exclusivamente por la madre, realizado en la Universidad de Berkeley en 1987 con 147 personas de Estados Unidos, Nueva Guinea, Australia, Asia y Europa, dio el interesante resultado de que todos procedemos de una mujer africana que vivió hace unos 200.000 años (entre 140.000 y 290.000, para ser más exactos). Unos años más tarde se repitió el estudio con 189 individuos, entre ellos 121 africanos de diferentes regiones subsaharianas, y los resultados volvieron a apuntar fechas similares: hace entre 166.000 y 249.000 años que una mujer africana empezó a transmitir sus genes, que están presentes en toda la humanidad actual. Homínidos los hay desde hace 4 millones de años, seguramente aún más: son los australopitecos. Su origen: África. Llegó después, hace unos 2 millones y medio de años, el primer homo, más próximo a nosotros aunque no de nuestra «misma especie». De él surgieron varias subespecies en distintas partes del mundo, y en Europa dio lugar hace más de 300.000 años, a los pre-neandertales de Atapuerca y a sus sucesores, los famosos neandertales (*homo sapiens neandertalensis*) extendidos por casi toda Europa y zonas de Oriente Medio, que sobrevivieron hasta hace unos 30.000 años. En Asia no apareció el neandertal, sino otras subespecies regionales.

Y finalmente, como hemos visto, hace unos 200.000 años surgió el primer *homo sapiens sapiens*, también en África, que se dedicó a recorrer el mundo y hoy es la única especie sobre la tierra. No sabemos por qué desaparecieron las otras (sub)especies, pero lo cierto es que quedó sólo el *homo sapiens sapiens*; recordemos que hace 50.000 años ya estaba en Nueva Guinea y Australia y quizá hace 30.000 años que vive en América. Pero volvamos a Eva, como denominó la prensa a nuestra «madre mitocondrial». Pese a tal denominación, estos estudios no apuntan en absoluto a ninguna pareja original, sino todo lo contrario. Los famosos estudios se refieren probablemente a una mutación en el ADN mitocondrial de una mujer concreta. Pero por la misma época, y también antes y después, hubo seguramente otras muchas mutaciones que no se han podido estudiar aún y que afectaron a otras muchas mujeres y hombres que vivían en África Central. Se calcula que no hubo una Eva y un Adán, sino que al menos 10.000 personas, más probablemente unas 100.000, serían nuestra pareja original. Esto es nuestra dotación genética proviene de al menos ese número de individuos que sufrieron mutaciones que acabarían transmitiéndose hasta nosotros mismos. Hay que tener en cuenta que el ADN mitocondrial representa sólo 1/400.000 del genoma total humano. Lo que sucede, y de ahí las confusiones, es que una mujer concreta fue la encargada de

alterar adecuadamente (por azar, claro) una mínima parte de nuestro genoma que es la que más fácilmente podemos rastrear hoy día. A lo mejor, con el tiempo, llegaremos a identificar sin nombre ni apellido, a las 10.000 o 100.000 personas, entre hombres y mujeres, que prepararon nuestra dotación genética a lo largo de un periodo necesariamente muy prolongado. Por otra parte, ese ADN mitocondrial no es en absoluto «lo que nos hace humanos», sino él junto con un montón de elementos genéticos más: no existe un «gen de la humanidad» (igual que no existe un «gen del lenguaje»).

Dicho esto, vamos a lo que aquí nos interesa. Es posible que esos 10(0).000 antepasados nuestros de hace 200.000 años (apenas nada, unas 6.700 generaciones si hay una nueva cada 30 años) tuvieran ya un lenguaje. ¿Uno o varios? Obviamente no vivían todos juntos en el mismo pueblo y sabemos que los 10(0).000 no son contemporáneos unos de otros, sino que se van escalonando en un periodo de casi 100.000 años. Llegado cierto momento empezaron a recorrer el mundo, desde África a Oriente Medio, siguieron por el sur de Asia y se expandieron por Austronesia y Australia, luego llegaron a Europa y finalmente a América. Con toda seguridad, hace 40.000 años estaban ya repartidos por Eurasia y Australasia. En algunos sitios se encontraron con poblaciones de homínidos más primitivos; por ejemplo, es prácticamente seguro que coincidieron con los neandertales en Europa durante bastante tiempo; según estudios recientes, los primeros humanos modernos convivieron en Asia con los descendientes del *homo erectus* hasta una fecha extraordinariamente próxima (quizá menos de 20.000 años).

¿Ha visto usted la película *En busca del fuego?*: plantea una de las hipótesis existentes para la desaparición de estos primos nuestros a través del cruce genético con la población *sapiens sapiens*, en Europa, los *cro-magnon*. Otra solución distinta es la que plantea Darnton en su novela *Neandertal*; representa la hipótesis contraria y más habitual: los *sapiens sapiens* aniquilaron físicamente a los neandertales. En la novela quedan aún neandertales perdidos en las montañas del Pamir... no estaría mal, sería sin duda el descubrimiento del siglo ¡también para los lingüistas!

El lenguaje pudo surgir durante el periodo de «unidad» en África o quizá a lo largo del prolongado proceso de expansión. De modo que incluso si podemos imaginarnos (aunque no todos los paleoantropólogos están de acuerdo en el tema) que los primeros seres humanos con probabilidades de tener una lengua «como las nuestras» fueron un pequeño número que vivió en una zona de África que suponemos limitada geográficamente ... incluso en estas circunstancias resulta imposible saber si tenían «una» lengua o muchas. Veamos tres «escenarios» posibles.

Tres escenarios para la primera lengua

(1) El lenguaje surge cuando toda la humanidad moderna vive en África. A lo largo del larguísimo proceso de las emigraciones los grupos se van separando y lo hacen también las lenguas. Según pasa el tiempo, éstas se diferencian más y más y se van ramificando según los grupos vuelven a separarse otra vez. Digamos. una lengua que se queda en África y va cambiando; los que se han ido hacia Asia vuelven a separarse en el sureste asiático, uno se quedan y su lengua cambia poco a poco; los que siguen a Nueva Guinea se vuelven a separar en grupitos y sus lenguas van diferenciándose cada vez más porque se pierden los contactos entre los diversos pueblos. Lo mismo sucede en Australia, y así sucesivamente en el resto del mundo. Según este escenario, todas las lenguas del mundo tendrían un antecesor común (y quizá podríamos acercarnos algo a él). Genéticamente podríamos tener líneas bastante bien definidas que coincidirían con las

divisiones lingüísticas aunque sin excluir la posibilidad de mezcla entre poblaciones próximas.

(2) Tenemos el primer escenario pero con muchos contactos posteriores entre grupos; es decir, algunos de los que se habían ido al oeste vuelven al este, y cosas por el estilo. (...) Multiplique usted este proceso por 50.000 años y por cientos de pueblos o etnias. La complejidad de este proceso hace que no sólo sea de esperar la existencia de muchas lenguas, sino también la frecuente confusión de sus relaciones históricas. Según este escenario existiría quizá una lengua primordial pero las lenguas derivadas de ella han sufrido tal proceso de mezcla que las relaciones originales son prácticamente imposibles de identificar. Genéticamente quizá sería posible rastrear el proceso de mezcla aunque no existirían relaciones claras entre lenguas y poblaciones.

(3) Nuestro tercer escenario es peor aún: el lenguaje va surgiendo como consecuencia de las necesidades que se les plantean a los grupos en movimiento y en constante adaptación. Surgen así sin relación unas con otras, aunque todas tienen en común algo. Lo cierto es que, pasado un tiempo, acaban por surgir nuevos contactos como los que hemos visto en el escenario anterior. Genéticamente no podríamos diferenciar bien este escenario del primero, pues ambos son semejantes en lo que se refiere a la población, aunque muy distintos en lo que afecta al lenguaje: no habría existido nunca una «lengua madre» y no sería posible encontrar relaciones claras entre genética y grupos lingüísticos, ni entre unas familias lingüísticas y otras.

De manera que cualquiera de los tres escenarios permitiría el mismo resultado final: la aparición del lenguaje humano como lo conocemos. El tercero, sin embargo, plantea un problema muy interesante: ¿cómo es posible que surjan independientemente lenguas con tantas cosas en común? Lo cierto es que no conocemos ningún caso de nada en ninguna lengua antigua ni moderna que resulte realmente anómalo, extravagante. Es como si todas las lenguas, pese a la enorme diversidad que existe, procediesen de la misma; esto es, como si el verdadero fuera el primer escenario. Por lo que sabemos del lenguaje, sin embargo, no tiene por qué ser así: el lenguaje podría haber surgido, efectivamente, de manera independiente en muchos sitios.³

Los genetistas de población del grupo de Cavalli-Sforza son claramente partidarios de nuestro primer escenario; de acuerdo con sus datos existen correlaciones sistemáticas entre grupos lingüísticos y grupos étnicos y no sólo en el nivel de las grandes familias sino también en el de las variantes dialectales, como parecen mostrar sus estudios sobre la diversidad dialectal y genética de Cerdeña. Pero estamos aún muy lejos de una respuesta definitiva.

En busca de la «lengua madre»

Pero... ¿hay manera de comprobar estas cosas lingüísticamente? ¿Podemos llegar de alguna forma hasta esa hipotética lengua antiquísima? ¿Hasta qué época podemos acceder en nuestro conocimiento de las lenguas?

Las lenguas que conocemos directamente no son demasiado antiguas. Con las primeras de que tenemos datos suficientes, esto es chino, sumerio, hitita, védico y micénico, no pasamos de hace 5,000 años. Necesitamos recurrir a otro método, la reconstrucción. A partir de la comparación de las lenguas indoeuropeas podemos reconstruir algo así como la base lingüística (no tanto una lengua específica y concreta) de la que surgieron. ¿Qué tal el 4.000 a.C.? Pero si refinamos el

³ Puede ser que la lengua madre fuera poco más que un pequeño conjunto de palabras, y que la mayor parte de la «gramáticas» fuera surgiendo después poco a poco, en muchos sitios a la vez.

método con la llamada reconstrucción interna, podemos buscar en una fase anterior la explicación de hechos que parecen anómalos en ese «indoeuropeo reconstruido». Pues damos otro salto, ahora quizá de 2.000 años o más, al 6.000 a.C. No está mal, pero no es nada. Se ha hecho algo similar con otros muchos grupos de lenguas pero nunca se pudo llegar más atrás que eso.

El nostrático

Había un ruso, sin embargo, llamado Vladislav Ilich-Svitych, fallecido en 1962. Pensó que si los distintos grupos de lenguas procedían de alguna lengua común antiquísima, o de un pequeño grupo de ellas, algún rastro debería quedar. En la misma ciudad de Moscú, otro lingüista empezó a trabajar independientemente en una idea parecida por las mismas fechas: Aaron Dolgopolsky. En realidad, mucha gente se había dado cuenta de que entre lenguas muy diferentes existían coincidencias llamativas, por ejemplo en los pronombres yo y tú y en otros muchos sitios. Se habían visto ciertas similitudes entre las lenguas indoeuropeas y las semíticas, las urálicas, las caucásicas. Así que Ilich-Svitych se dedicó a intentar descubrir rastros de aquella «lengua tatarabuela» a la que llamó nostrático (de «nosotros»), nombre propuesto ya por el lingüista danés Pedersen a principios del siglo XX. Al principio causó mucha risa entre la mayoría de los especialistas en indoeuropeo y otras familias lingüísticas y algunos continuaban riéndose, pero hoy día la investigación en este terreno tiene ya tradición y respetabilidad y los colaboradores de Ilich-Svitych han llegado a proponer varios cientos de etimologías comunes a distintas familias. Se opera a base de la reconstrucción a partir de formas reconstruidas, de manera que las del indoeuropeo se comparan con las del altaico, el urálico, y así sucesivamente. ¿Quiere ver algún ejemplo?

Grande/bueno	nostrático <i>bara</i> (indoeuropeo <i>bher-</i> , urálico <i>para</i> , dravídico <i>par</i>).
Lenguaje	nostrático <i>KälHä</i> (urálico <i>kerle</i> , altaico <i>k'äla</i> [«hablar»]).
Alto	<i>/berg/i/</i> (camita-semítico <i>brg</i> , georgiano <i>brg-e</i> , indoeuropeo <i>bhêrg/bhrêgh</i> , urálico <i>p[e]r-k</i> , dravídico <i>pêr</i>).

El caso es que el nostrático, para los más optimistas, sólo permitiría reconstruir algunos retazos de cierta lengua o, mejor, grupo de lenguas próximas, de las que fueron surgiendo por el proceso de división histórica (más el contacto entre grupos, etc.) las siguientes familias: afro-asiática (las tradicionales «camito-semíticas» y otras del África subsahariana), kartvelia (la familia caucásica a la que pertenece el georgiano); elamo-dravídica (el extinto elamita del Creciente Fértil y las lenguas dravídicas del sur de la India); indoeuropea; urálica-yukaghir (lenguas habladas sobre todo al este de los Urales, pero también finés, estonio, saami, húngaro ...); altaica (turco, azerí ...) y coreana. El trabajo posterior va anadiendo más familias: la nilo-sahariana y la níger-kordofán de África (quedan fuera las khoisan, como vemos). Esta «hiperfamilia» nostrática abarcaría buena parte del mundo, con la excepción de parte de África, el sureste asiático, Austronesia y América. ¿Le suena a algo? ¿No recuerda eso de la mayor antigüedad y diferenciación de las lenguas? Esas lagunas no parecen simple coincidencia.

¿Cómo era la primera lengua?

Resumiendo, sabemos bastante: hasta donde podemos llegar con un mínimo de seguridad (unos 15.000/20.000 años) las lenguas siempre han sido como son ahora. Pero a la vez sabemos muy poco: ¿qué pasó en los 80.000 años anteriores? Aunque no es posible contestar esta pregunta, todo

nos hace suponer que las lenguas debieron de ser muy parecidas a las actuales prácticamente desde el principio; al menos, no existe ni el menor indicio de que las cosas pudieran ser diferentes. Dicho de otro modo, si viajamos 100.000 años atrás en el tiempo, seguramente podríamos aprender sus lenguas y enseñarles a ellos las nuestras, pero seguiríamos sin ser capaces de enseñarles nuestros idiomas a los chimpancés.

Así podemos imaginarnos que fueron las cosas: a partir de un pequeñísimo número de hablas fueron surgiendo otras a base de (1) la diferenciación debida a la ruptura del contacto entre dos o más grupos de uno originario; (2) el simple paso del tiempo que necesariamente, y pronto veremos por qué, hace cambiar las lenguas, (3) el contacto más o menos estrecho de unos grupos con otros, de unas lenguas con otras, sean cuales fueran sus relaciones históricas. Y todo esto una vez y otra, a lo largo de miles y miles de años. ¿Aún nos extraña que haya tantas lenguas, y que sus relaciones sean frecuentemente oscuras? Porque el separarse y juntarse otra vez es fuente de separación de lenguas, pero también de creación de otras nuevas como resultado del contacto (recordemos nuestro escenario número 2).

De modo que el número de lenguas ha ido creciendo a lo largo de la historia aunque no en forma paralela al crecimiento de la población del mundo; de otro modo, el número del que hablarían los lingüistas sería quizá de decenas de miles y no de, como mucho, las 6.700 a las que antes se hizo referencia. Pero no sólo por las peculiaridades del proceso de evolución histórica de las lenguas que implica a veces la fusión de dos o más. También importa la desaparición de muchas lenguas a lo largo de la historia, antigua y reciente.

Es precisa una nota final de advertencia sobre algunas de las ideas expuestas en este capítulo sobre la lengua vasca, ya que con excesiva frecuencia se ha venido operando sin las debidas condiciones científicas, y desgraciadamente se sigue haciendo así. La mayoría de los especialistas en lengua vasca son extraordinariamente escépticos; una revisión (muy negativa) de los estudios antiguos y modernos sobre los parentescos del vasco se encuentra en el artículo de R. L. Trask, «Origin and Relatives of the Basque Language: Review of the evidence», publicado en *Towards a History of the Basque Language*, ed. por J. I. Hualde, J. A. Lakarra y R. L. Trask; Amsterdam, John Benjamins, páginas 65-99. Las conclusiones a las que llega este autor es que no hay pruebas suficientes para intentar relacionar el vasco con ninguna otra lengua, moderna o antigua.

Con demasiada frecuencia también, la antigüedad del vasco da pie a toda clase de barbaridades carentes del más mínimo fundamento científico. Así, en varios libros recientes, Jorge Alonso García ha «traducido» las lenguas antiguas no descifradas del ámbito mediterráneo (tartésio, ibérico, etrusco y minoico) utilizando el vasco actual. Puede verse *El origen de los vascos y otros pueblos mediterráneos*, del mencionado y el Dr. Antonio Arnáiz Villena. Madrid, Editorial Complutense, 1998. En este libro, el Dr. Arnáiz Villena presenta los interesantísimos resultados (científicamente muy válidos e irreprochables) de sus estudios de genética de poblaciones, que ponen en duda los obtenidos por otros grupos, como el de Cavalli-Sforza, y que apuntan a un parentesco de los vascos con los pueblos del norte de África. Lo que convierte el libro en absolutamente impresentable es la «traducción» de las lenguas mencionadas a partir del vasco. Vea un par de razones de por qué, ya que son válidas también para otros muchos intentos semejantes a lo largo del tiempo:

(1) Se toma como único punto de referencia el vasco actual, como si en dos, tres o incluso cuatro mil años no hubiera sufrido cambio alguno; sabemos, sin embargo, que el vasco de principios de nuestra era tenía una estructura fonética, que es a la que atiende con exclusividad el autor, muy distinta de la actual.

(2) Se toman como palabras vascas «originales» (con los mencionados 3 o 4.000 años de antigüedad) algunos préstamos clarísimos del latín o incluso del castellano, como *bake* (paz), *arraia* (rayo), *zeru* (cielo), *apaze* (sacerdote, procedente de *abbas* «abad»), etc.; para el arriesgado autor, estas palabras forman parte nada menos del vocabulario funerario de los pueblos neolíticos mediterráneos.

(3) Modifica las formas de las palabras vascas, sin ningún criterio, para encajarlas en los supuestos términos de las otras lenguas; así, una /k/ vasca puede aparecer como /g/ en etrusco, otras veces una /g/ como /k/, una /i/ como /e/ o, si hace falta, como /a/... o cualquier cosa; el vasco introduce una vocal cuando toma una palabra latina o castellana que comienza en /r (p. ej. *errege*, cf. rey), pero Alonso García afirma que el minoico (del segundo milenio antes de nuestra era) ha perdido esa vocal de la palabra vasca original.

(4) Gramaticalmente, las «traducciones» no tienen sentido, de modo que es absolutamente imposible dar a sus colecciones de palabras vascas traducción alguna en esta lengua (ni en ninguna otra), ni sería posible una lengua que tuviera las características necesarias para permitir las traducciones que propone el autor.